
El Mosaico de Issos, hallado en Pompeya

En el año 333 a. C., en un estrecho corredor entre las montañas y el mar cerca de la ciudad de Issos, se produjo uno de los enfrentamientos más decisivos de la Antigüedad. Alejandro Magno, joven rey de Macedonia, se enfrentó allí al poderoso **Darío III**, soberano del Imperio persa. Aunque el ejército persa era mucho más numeroso, el terreno favoreció a los macedonios.

Alejandro lanzó una carga fulminante con su caballería hacia el centro enemigo y la presión fue tan intensa que Darío terminó huyendo del campo de batalla. Aquella retirada precipitó la derrota del ejército persa y abrió a Alejandro el camino hacia el corazón del imperio más rico del mundo. La huida del rey tuvo una consecuencia extraordinaria: Darío abandonó su campamento real. Cuando los macedonios lo ocuparon descubrieron un auténtico tesoro imperial.

Las crónicas antiguas hablan de cofres llenos de oro y plata, vajillas preciosas, joyas, telas bordadas y todo el lujo que acompañaba a la corte persa en campaña. En el campamento también se encontraban la madre, la esposa y las hijas del propio Darío. Para los soldados macedonios aquel hallazgo era la prueba tangible de

la riqueza colosal del imperio aqueménida. El tesoro no era solo una acumulación de metales preciosos, sino el símbolo visible del poder de un monarca derrotado.

Sin embargo, lo que más impresionó a los cronistas antiguos fue el comportamiento de Alejandro. Lejos de tratar a la familia de Darío como botín de guerra, el conquistador decidió respetar su rango y mantener su dignidad real. Ese gesto se convirtió en un episodio legendario que los artistas europeos representaron durante siglos.

Pintores del Renacimiento y del Barroco recrearon la escena en la que Alejandro entra en la tienda real y se encuentra con la familia del rey vencido, rodeada de riqueza y esplendor. Así, el tesoro capturado tras la batalla de Issos pasó a simbolizar no solo una victoria militar, sino también la imagen idealizada de un conquistador magnánimo.